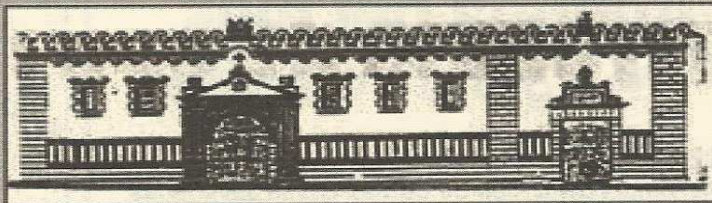


Iglesia de San Francisco de Asís



ALAMEDA DE COLÓN, 2
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1821 - 2011: 190 AÑOS HACIENDO PARROQUIA

DESDE LA ESPADAÑA

JUNIO 2011 - NÚMERO 75

¡Indignaos!

“¡Indignaos!” Es un librito, mejor, un panfleto de 30 páginas que viene teniendo un éxito inusitado. Un éxito fuera de lo común en Francia, país de origen, y un éxito rotundo en España donde se van agotando, una tras otra, las sucesivas ediciones. En estos tiempos de no demasiada lectura, no deja de ser un fenómeno digno de toda atención. Su éxito hay que apuntárselo al boca oreja y a las redes sociales pues, en un principio, fue ninguneado por los medios más influyentes.

Su autor, Stéphane Hessel, es un anciano de 93 años con una vida de película y un lema como bandera: “Sólo es hombre quien se compromete”. Nacido en Alemania, ha vivido toda su vida en Francia, y fue uno de los redactores de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Ya cercano al siglo de vida ha trasladado al papel esa sensación de indignación que flota en el ambiente No se contenta con afirmar: “esto es lo que hay”; no da palmadas en la espalda mientras musita: “¡ánimo!”; sino que anima a involucrarse, a pensar, sin caer en delirantes contragolpes. Ante su tesis de que Europa está abandonando cobardemente los sólidos principios conseguidos para alcanzar la libertad, la igualdad y una sociedad justa, la ciudadanía no debe callar y aceptar sin más una clase política que no está a la altura de las necesidades del momento. De ahí su consigna: “¡Indignaos!”

“In-dignación” una palabra que no es políticamente correcta, ni en el mundo civil ni en la Iglesia, donde con frecuencia se nos pide la resignación, la obediencia o un voto de confianza que va más allá de lo previsible. Sin embargo la tradición cristiana ha contado con innumerables “indignados”. Desde Moisés, pasando por los profetas, al mismo Cristo en el templo o al mismo Dios cuando su pueblo le es infiel.

A la sombra de todo ello, estamos asistiendo en estos días, alentado desde las redes sociales que introducen en nuestra sociedad nuevos parámetros que afectan a la democracia, al fenómeno social de miles de jóvenes y no tan jóvenes, muchos de ellos antisistema, que hartos de palabras y de ineficacia buscan a tientas nuevos aires y nuevo frescor para una sociedad enferma y cansada. Son miles de parados, mal remunerados, subcontratados en precario, hipotecados que no se resignan a ser reducidos a simple mercancía en manos de políticos y banqueros.

El fenómeno al que asistimos merece una reflexión y no debe ser inmediatamente rechazado. Es cierto que, a la luz, de la renuncia a controles internos y al amparo de una democracia real utópica, muchos tratan de arrimar el ascua a su sardina partidista o ideológica. Pero, a pesar de todo, el hecho de “indignarse” ante todo aquello que no es digno, que desprecia al ser humano, que lo margina y lo desplaza no deja de ser una reacción ética. Es una luz roja que se enciende para advertirnos de que lo que sucede, sea donde sea, no se corresponde con nuestra dignidad de hombres y de hijos de Dios y, por ello exige un cambio profundo.